

Dr Barbahan

Jacinto, el cazador de ballenas

Primera Edición

Derechos reservados © 2011 por
Miguel Armando Alvarado Alejo
email: barbahan@gmail.com
<http://dimensionbarbahan.zonalibre.org/>
San Luis Potosí, S.L.P.
México
ISBN en trámite

Impreso en México
Printed in México

Para Eunice

Índice general

1.	Jacinto, el cazador de ballenas	1
2.	El espía alemán	5
3.	El ángel de la guarda	45
4.	Laredo	47
5.	La maldición del tercer mundo	49
6.	Una mujer así	53
7.	El perro blanco	57
8.	La mujer de rabia	63
9.	No hay camino seguro	65
10.	Un profesor incorruptible	67
11.	Un gran tambo de mierda	71
12.	Tres en uno	73
13.	Para acavar con las faltas de ortografía de una bes por todas	75

Jacinto, el cazador de ballenas

Era viuda, y gorda hasta el extremo. Cuando su marido vivía, era ya una mujer robusta y a su muerte, se abandonó a la comida; comenzó a acumular carnes y más carnes. De su hombre heredó el apellido y la tienda del barrio; ella supo regentearla hasta convertirla en un próspero negocio.

Desde atrás del gran mostrador de madera de pino sin pintar, lleno de cochambre, miraba la vida y las generaciones, una tras otra. Fue de esta forma como llegó a conocer la historia de cada uno de los habitantes de su barrio.

Jacinto era un niño cuando *La Gorda* lo veía jugar al fútbol. En realidad, él era uno más de esa numerosa camada. En ese entonces, viéndolo así tan inocente e indefenso, nadie se podía imaginar que con el tiempo se convertiría en el gran capo de capos, y sería conocido en el bajo mundo de Juárez, y a nivel nacional e internacional, con el sobrenombre de *El Señor de las Ballenas*.

La Gorda comenzó a ver a Jacinto de manera diferente y a sentirse atraída e interesada por ese puberto; entonces, empezaron los regalitos y las sodas:

—¿Que más quiere, Jacinto? —le decía *La Gorda*.

—Así está bien señora, ¡gracias! —le contestaba.

Un mediodía, a la hora de cerrar la tienda, *La Gorda* le dijo:

—Ayúdeme a cerrar las puertas, ya es hora de comer. Y él le ayudó a cerrar.

—No sea malo, ahora ayúdeme a subir estas cosas al almacén. Él subió las cosas, pero una vez allá arriba, en el sopor de una tarde de agosto, entre los bultos de arroz y de harina, *La Gorda* lo comenzó a acariciar. Ella había soñado ese momento muchas veces durante sus largas noches de soledad; lo fue desnudando poco a poco mientras le besaba la piel, siempre dueña de la situación. Por su parte, ella con dificultad también se quitaba la ropa.

A *La Gorda* le extrañó el tamaño desmesurado de su miembro, demasiado grande para su corta edad, tenía las genitales cubiertas por un pequeñísimo bello rubio. Él estaba en pleno *xiloteo*, y esto sólo sirvió para excitarla aún más.

Jacinto veía únicamente un mar de piel sin horizonte embravecido, con un fuerte olor a pescado y no lo pensó mucho. Hundió su enorme quilla hasta sus profundidades; entonces, lo oyó bramar.

La Gorda, en ese preciso instante, había dejado de tener el control de la situación, ahora él era el gran capitán; el asesino de ballenas. A partir de ese momento, el instinto de ballenero lo acompañaría por el resto de sus días. Después de hundir su quilla, la sacaba hasta lo más alto de las crestas de las olas de piel, y nuevamente arremetía hasta sus profundidades ignotas; ella bufaba, bramaba y mordía.

Los compañeros de escuela de Jacinto, lo vieron en-

trar y, al no verlo salir, solidarios hicieron guardia a la puerta de la tienda; desde ahí oyeron los gritos desaforados de ella.

De pronto, Jacinto sintió hundirse sin remedio en las profundidades de ese mar, mientras un torrente de líquido ardiente se le escapaba de las entrañas dejándolo sin aliento; la ballena, herida de muerte, alcanzó a dar su último coletazo lanzando fuera de sus brazos a Jacinto, después se dio media vuelta y comenzó a roncar.

Jacinto empapado en sudor, buscó su ropa y se vistió. Con un costal de arroz vacío, se frotó sus genitales para quitarse el fuerte tufo a sexo, todavía con la conciencia obnubilada, sintiendo las rodillas temblarle y agarrándose de las paredes, bajó las escaleras; afuera sus *compas* esperaban.

—¿Que pasó, qué le hiciste, cómo estuvo? —le preguntaron.

—La *arponié* —les dijo, mientras iniciaba un trote ligero rumbo a su casa, para cumplir con sus tareas cotidianas.

El espía alemán

*Abominación y puterío
puterío y abominación.
William Faulkner*

De la cantina

Pocos días después de la caída del muro de Berlín, esto fue a finales del ochenta y nueve, un domingo, a la hora de la botana, me encaminaba con rumbo al *Chivas*, el bar que esta en la calle de Bolívar esquina con Ocampo, justo en el centro histórico de San Luis Potosí; iba en busca de un par de cervezas, y de un buen caldo de espinazo, con un montón de tortillas y unos chiles verdes a mordidas. Necesitaba curármela, la noche anterior había sido de desenfreno, una cruda de diez grados *Ritcher* o, si lo prefieren, de doce en la escala de *Mercalli*, me acompañaba. Era el único sobreviviente de mi propio terremoto con su respectivo *tsunami*; me hubiera gustado que se activara el plan nacional *DN-III* para desastres, en mi persona —le voy a proponer al gobierno federal un plan *DN-III* para desastres personales; si México hiciera esto, se catapultaría a los primeros lugares de los derechos humanos, en el plano internacional—. Con cada paso, los adoquines retumbaban en mi cerebro, con ese sol frío de

mediados del otoño, realmente estaba mal. Me asemejaba a esos náufragos que divisan a lo lejos una playa y poco a poco se van acercando a ella.

Entré al *Chivas*, el bar estaba en penumbras y atestado de parroquianos, la luz en las paredes cambiaba de intensidad y de colores, en acuerdo tácito como cambiaban las pantallas de los televisores encendidos. No había mesas disponibles, encontré un lugar en la barra, me senté en uno de los bancos y, como por encanto, apareció ante mí una *indio*, bien fría, con muchas perlas de agua por fuera de la botella; le di un trago grande, le llegué a un poco más de la mitad, como que la cosa empezó a funcionar. Luego, me fijé en una de las televisiones: el América le iba ganando al Guadalajara; a mi me vale quien gane, siempre y cuando el América pierda. Ese equipo representa, para mi, la pendejez del mexicano, —no importa cuan pendejo seas, con lana la haces—. Mientras tomaba mis cervezas, con lo calentito y picoso del caldito comencé a sudar, deje de temblar y, aunque ya llevaba muchos años de ateo, volví a creer en Dios; por un instante me sentí en comunión con el cielo, algo así como el hijo pródigo, la cruda iba desapareciendo. Me acordé de las oraciones de mi madre: —hijo cuando estés crudo, reza esta: *Jesús, Jesús, Jesús tu que padeciste en la santa cruz, házme más llevadera esta post-borrachera*, rézala, hijo, con tres cervezas heladas y un caldo bien caliente y picoso; cuando empieces a sudar, verás lo milagrosa que es esta oración—, mi madre.

—¡¡Gool, goool!! —gritó el de al lado, un completo desconocido. El América le acababa de meter el tercer gol al Guadalajara, el marcador era ¡tres a cero! Todos los parroquianos se le quedaron mirando con un odio infinito, y unas ganas enormes de partirle la madre.

—Nada más a este americanista pendejo se le ocurre venir aquí al *Chivas*, a ver el clásico; a ver si no lo matan —pensé.

Estaba feliz, eufórico, trataba de hacerle plática al cantinero, pero el cantinero no lo pelaba; luego volteó, se fijó en mí, comenzó a hacerme plática. —Ahora, los madreos vamos a ser exactamente dos —me dije, pensé en mandarlo a la chingada, simplemente ignorarlo, como el cantinero había hecho, pero no lo hice, no supe por qué, bueno, en ese instante, ahora sí sé por qué. Él ya estaba un poco pedo, como que tenía ganas de hablar, algo dentro de él denotaba angustia, y esa angustia la quería sacar, agarrándose a chingadazos con los parroquianos.

Era Uwe Bruker un miembro del servicio secreto de la Alemania del Este, con el estatus de desempleado. De buen aspecto y como treinta y cinco años, su vestimenta era normal: una camisa de marca y unos jeans; salvo su escaso pelo rubio y sus ojos azules, parecía un vulgar chilango más; su acento era perfecto. Uno de sus tantos alias latinos era José Rocha González, al menos eso dijo. Dominaba siete idiomas a la perfección, hablaba el español como veracruzano, argentino, cubano, etcétera. En su juventud trabajó por algún tiempo en los restaurantes de la Zona Rosa del *Deje*, como mesero.

Por fin terminó el partido de fútbol, con una contundente victoria del América sobre el Guadalajara, y esto tenía feliz al alemán. Algunos parroquianos encabronados abandonaron el *Chivas*, no sin antes echarnos unas miradas de pocos amigos. Nosotros nos cambiamos de la barra a una mesa en la penumbra, y ahí Uwe Bruker, sin que nadie nos molestara y sin que nadie se lo pidiera, comenzó su relato:

—Mira —dijo con su perfecto acento chilango— a

nosotros, al comienzo de nuestras carreras de espías, nos mandaban a México a los restaurantes del *Defe*, porque nuestra comandancia general aseguraba, por aquellos tiempos, que los meseros chilangos eran de los pocos individuos en el mundo capaces de desconectar la mente del corazón, —te da risa— y no te culpo, eso te parece tan fácil, porque tu eres mexicano, pero para nosotros los europeos es tan difícil, y sólo los buenos espías y todos, o casi todos los meseros chilangos, lo logran; los rusos, con una escuela castrante, también pueden, aunque con muchas dificultades, pero los meseros chilangos son los mejores para esto. La mayoría de los reclutas fracasaba en el intento, muy pocos lo lográbamos y si así era, entonces nos contrataban para el servicio secreto de la Alemania del Este.

Después de México, estuve en Latinoamérica: a Cuba fui muchas veces. En mis viajes conocí casi todo el mundo, Rusia, China. . . , siempre tratando de contrarrestar a la CIA y a la Interpol. Trabajé mucho para mi País, en cientos de misiones; nunca, aunque no me lo creas, me importó arriesgar la vida, lo hice muchas veces, y lo seguiría haciendo. También soy experto en armas, granadas, misiles, tanques, morteros, bueno hasta sé algo de armas nucleares; sé volar un Mig. Mi arma preferida es la AK 47, el *cuerno de chivo*, así le dicen ustedes, es el mejor rifle de asalto del mundo, ese ruso Kaláshnikov, era un chingón, una verguita andando; pero ya ves cómo están las cosas ahora, la unificación de las Alemanias me partió toda la madre. Si vieras, el mundo se me hace tan diferente, de tres días para acá ya no tengo patria, toda una vida educado para una cosa y, de repente, ¡te quedas sin nada! No tiene caso guardar tantos secretos, ¿para qué tanto adoctrinamiento, adies-

tramiento? ¿para qué todo eso? A ver, dime tu, ¿para que chingaos? Nada más falta que me agarre la pinche CIA y, entonces sí, hasta maldeciré el haber nacido.

La unificación de las Alemanias lo tenía impactado sobremanera, a lo mejor por esto se quería partir la madre con los parroquianos. Si a mí me hubiera pasado algo así, estaría igual que él, pero eso es imposible, porque yo soy un simple profesor de matemáticas y física elementales de la Autónoma.

—Está bien, es cierto —dije— las Alemanias se unificaron, pero tampoco se acabó el mundo, para alguien como tú bien preparado; no debe haber problema en volver a acomodarte por ahí. Oye, ¿por qué no te vas a Rusia, China, o qué sé yo? Supe por los periódicos que un grupo importante de entrenadores deportivos de la Alemania comunista se van a ir a China. China está destinada a convertirse en una potencia mundial deportiva, sino de mi te acuerdas, a ti también te darían trabajo, de eso no tengo ninguna duda.

—Mira, con los pinches rusos —dijo— no quiero ni madre, y China no me gusta, son otro pedo, son rarísimos; además, yo soy alemán, a lo mejor no te has dado cuenta lo que eso significa, cuando lo entiendas, entonces sabrás lo que estoy diciendo.

La cruda ya se me había pasado, ahora era una leve peda; el tipo era experto en varios rubros, entre ellos el fútbol; a veces me preguntaba si no me estaría viendo la cara de pendejo, algo típico de los chilangos, pero le hablaba en francés y me contestaba en inglés, y luego en italiano, y como no sé ruso, albanés ni alemán, no sabía si creerle o no, pero la estábamos pasando bien. Seguimos bebiendo.

—En el peor de los casos, sería un chilango políglota

—pensé.

—Oye, para ti, ¿quién o quiénes son los mejores espías del mundo, a poco el James Bond? —le pregunté.

Me miró de arriba abajo, estuvo a punto de llamarme pendejo; se aguantó las ganas, todavía no me agarraba confianza, pero, con el tiempo, me diría cosas peores. Le dio un gran trago a la cerveza con coraje, y luego dijo:

—Esa respuesta es demasiado fácil, te lo voy a contar ahora que ya todo terminó, ya no tiene caso cargar con tanto secreto: Cristo es el mejor espía de todos los tiempos, ya casi lleva dos mil años y ahí va a seguir por mucho tiempo más. No lo van a descubrir, porque Cristo no es hijo de Dios, sino del Diablo, y es el Diablo quien gobierna al mundo, y sábetete una cosa, de una vez por todas, el mejor espía es aquel que pasa desapercibido, así de simple es; la espectacularidad es para las películas.

—Los rusos encontraron unos rollos en el Mar Muerto —continuó diciendo— los han mantenido en secreto; en Occidente son conocidos sólo parcialmente, la CIA le metió mucha lana y mucha gente, aunque logró sacar cierta información de valía, pero aún están muy lejos de tener toda la verdad. Tú sabes, los rusos son herméticos, esa escuela castradora, en la Siberia, los formó así. A mí no me hubiera gustado ir a esa escuela, creo que el *Defe* está mucho mejor.

—Algo he leído de eso, es parte de la literatura, y además es apasionante —le dije, y enseguida agregué.— Mira en mi lejana juventud, allá por los setenta, leí *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. En ese libro, en uno de sus innumerables textos, El Gabo —afirma— el verdadero Dios está en un calabozo del infierno, mientras un demonio impostor es el gobernante actual del universo y sus contornos.

—La historia es, más o menos, esta: Cuando Luzbel y Belial y sus huestes se sublevaron en contra del Dios mismo, pues estos arcángeles querían erigirse en dioses, los cielos mandaron a Gabriel y Miguel para expulsarlos del paraíso terrenal; pero aquellos, muy dados a la intriga y al *lobby*, corrompieron de inmediato a Miguel y Gabriel, y no sólo no los expulsaron, sino, por el contrario, agarraron entre los cuatro arcángeles al verdadero Dios, y lo sumergieron en uno de los calabozos más profundos e hirvientes del infierno, y en su lugar pusieron al actual Dios, una deidad, a todas luces, espuria. Si tu quieres, es una tesis muy extraña, pero ¿podrías esperar otra cosa de Gabriel García Márquez?

—No, no, no es ninguna literatura —dijo Uwe Bruker muy enojado—, ojalá fuera sólo realismo mágico, pero no es así; la cosa es un poco más complicada. Cuando todo estaba bien chingón allá arriba, los demonios —que no eran otra cosa que ángeles inconformes— dieron un gran golpe de estado a los cielos, y por un tiempo las cosas resultaron bien; esa fue la época dorada, de ahí tanta pintura tipo Miguel Ángel. En ese tiempo, era muy fácil salvarse, condenarse era lo realmente difícil; bastaba quemar un corderito o a tu primogénito, como le sucedió a nuestro padre Abraham con su hijo Isaac, a lo mejor, tu hijo te caía bien gordo, pero no importaba, lo ofrendabas en el ara y te salvabas; bueno, hasta lo podías asar al fuego lento. Con este régimen, como puedes ver, al cielo cada vez llegaban más y más ángeles, se corría el peligro de que el proceso se revirtiera, los ángeles comenzaban a ser mayoría. Los golpistas se empezaron a preocupar.

¡Si era alemán!, pues mientras yo me echaba una cerveza, él se aventaba tres; la mesa estaba llena de

botellas vacías. Se me quedó mirando unos instantes y luego continuó con su relato:

—Entonces, al Estado Mayor de los infiernos no le quedó más remedio que mandar a Cristo, a su gran campeón, a la Tierra. Su misión era muy simple, demasiado simple; la estrategia ya estaba hecha desde mucho antes, él debería aplicar con todo rigor las leyes de Moisés escritas en el Sinaí y, sobre todo, ocultar al mismo tiempo su verdadera identidad; él hizo del camino de la salvación algo tan estrecho, tan difícil —es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico se salve—, en cambio, al de la perdición lo hizo amplio y agradable, como una autopista rodeada de flores y comodidades.

—Te lo voy a decir por tercera vez —siguió diciendo Uwe—, y espero te lo aprendas de una vez por todas, —me hubiera gustado tanto darte un curso introductorio de espionaje—. El buen espía es aquel que pasa desapercibido, y sólo le interesa cumplir bien con su trabajo, cualquiera que sea, para él todo es disciplina; claro, llegado el momento, deberá tomar decisiones importantes por sí solo, pero todo dentro de una línea. Hubo espías que trabajaron en Occidente toda una vida para Alemania del Este, y nunca se dieron cuenta de ellos; señoras gorditas, inofensivas e insignificantes, simples amas de casa, y, sin embargo, para nosotros era personal de lo más selecto e imprescindible. El puto del James Bond, ese sólo es un espía de bisutería de Hollywood, una vil puñeta mental de un productor de allá, alguien entrenado para ganar Óscars. *Nombre*, si así fuera de fácil y bonito, ahorita hubiera aquí en México más espías que señores licenciados y ministros de la corte. Me gustaría ver al agente 007 en una cámara de

tortura rusa; tu no conoces al gran *Iván*, ahí es donde tienes que cagar *pa dentro*, ahí es donde se ve el verdadero temple de un espía.

Los televisores seguían prendidos, pasando puras mamadas, y yo le dije al cantinero que si no podía poner a Chabelo, mejor apagaran sus chingaderas; me mandó a la chingada, pero al rato las apagó.

—Sin olvidar tu pregunta —continuó diciendo el alemán— Cristo no tiene parangón en la historia del espionaje, nadie se puede comparar ni siquiera tantito con él. Es cierto, en el trascurso de la historia ha habido muy buenos espías, y no necesariamente alemanes, incluso hasta mujeres como ya te dije antes; ahí tienes a Matahari y a Dalila, la filisteo, con sus encantos se chingó al Sansón; pero donde está Cristo, ahí no cabe comparación alguna, él siempre ha sido mi ídolo, mi inspiración, mi *chanoc*. Los gringos no son muy buenos, son demasiado cuadrados, demasiado ortodoxos; la gente se va con la finta, es ahí donde nace el mito de Hollywood. Tienen de sobra recursos, y cuando digo recursos, realmente estoy hablando de cualquier cosa: dinero, tecnología, armas, lo que sea; ellos lo tienen todo, y de sobra, pero aun así, algunas veces les ganábamos. A los ingleses, sus dos cartas fuertes se les murieron en el siglo pasado: el señor Holmes y mister Chesterton. Aunque tuvieron un repunte a mitad de este siglo, cuando la necesidad los obligó a enfrentar a la Alemania nazi. Los chinos y los rusos son muy disciplinados; a los espías rusos les decían, allá en la Siberia, donde estaba el cuartel general de la KGB, —Cristo fue vejado, torturado, muerto, y nunca tuvo un asomo de duda en su papel, sed como él—. Los rusos son buenos a medias, y los chinos, bueno, esos están locos.

Salimos del Chivas, más bien nos corrieron, ya era medianoche. Recordé que, por la mañana, había entrado al bar a tomarme sólo dos cervezas y un caldito, para curármela, y ver un rato el fútbol. Estábamos bien pedos; al otro día tenía que ir a trabajar, y si hay una cosa que aborrezca, es la de trabajar crudo, y aunque he jurado una y mil veces no volver a hacerlo, lo sigo haciendo.

Hacia frío. Arriba, una luna llena deshilachaba las nubes para iluminarnos; caminamos por Ocampo, a media calle, sobre sus adoquines no había carros, rumbo al jardín de San Francisco; llegamos a Aranzazú, estaba solo. A Uwe le gustó la plaza; se le quedó mirando un buen rato, luego seguimos por el callejón solitario. A Uwe le encantó la cantera, decía cosas acerca de ella. Llegamos al jardín, las luces mortecinas le daban buen aspecto; nos subimos al borde de la fuente y nos meamos dentro de ella, en su agua clara; luego nos despedimos.

Ya para ese entonces sabía algo de alemán:

—Aufwiedersen —, le dije.

—Hasta siempre comandante—, me contestó en un perfecto cubano de la Sierra Maestra; tardé muchos años en comprender esta última frase.

Por la esquina de Vallejo y Guerrero venía un taxi. Corrí por la mitad del jardín para interceptarlo, lo tomé en Vallejo y Universidad; abrí una de las puertas de atrás, mientras le daba mi dirección al chofer, me arrellané en el asiento en tanto me decía:

—Ese cabrón, a mí no me la pega, es un chilango políglota; eso sí, con mucha imaginación, me estuvo viendo la cara de pendejo todo el tiempo. Después me olvidé de él y de su plática, bueno, los puse en *stand by* en algún lugar recóndito de mi memoria, así como muchos años

antes había puesto el texto de García Márquez durante mi juventud.

Tenía que pelearle a la vida cada instante de supervivencia, como para andar malgastando el tiempo en pendejadas, en pláticas de cantina.

Un profesor de ciencias

El profesor estaba casi al final de su cuarta década, pero no se consideraba viejo, aunque se daba cuenta perfectamente que todos sus planes de vida habían fracasado. Semejante a todo joven, quiso jugar profesionalmente al *fútbol*, y cuántas veces lo intentó, fracasó. Como todo buen estudiante de la carrera de física, tenía en mente el premio *Nobel*, pero pronto se dio cuenta de sus alcances, y ese anhelo también fue desechado; por último, ese de tener un congal en toda forma, parecería que se estaba esfumando. Al profesor le hubiera gustado tanto dar clases por las mañanas en un colegio particular de monjas, y por las noches regentear un ántro, atestado de putas y parroquianos.

Gozaba de sus satisfactores cotidianos, como todos los demás, aunque sus grandes anhelos estaban idos todos, sin excepción. Jugaba a la lotería regularmente, con la ilusión de pegarle al gordo, sabía que si se la llegara a sacar, las cosas cambiarían por un tiempo —un pequeño *transient*— para luego volver a la normalidad, si acaso más rico.

El profesor necesitaba hacer algo, algo realmente importante, o que ese algo le llegara de donde sea, y así poder satisfacer sus grandes problemas existenciales. En

cuestión de religión, era un apóstata, pero allá, en algún lugar recóndito de su conciencia, un desasosiego a veces le quitaba el sueño. Y por si fuera poco, tenía en las cosas importantes de su vida, la sensación de haber llegado tarde; siempre esa maldita sensación, tarde, tarde, de correr atrás del *cabús* del último tren, sin alcanzarlo.

Del hospital

*Me hablabas de los ángeles
arrojados a morir a las ciudades
perdidos por sus visibles muestras
de amor a lo terreno.
Ahora se que lo hacías
para convencerme de tu existencia.
Luis Antonio García Trujillo
El Rey León*

Después de mucho tiempo, en el último año del milenio, volví, inesperadamente, a ver al espía alemán. Agonizaba boca abajo, en una de las muchas camas de uno de los pabellones del Hospital Central. En la mañana de ese día, camino a mi trabajo, pasé por la puerta del hospital, y contra toda mi costumbre, hice fila con la gente pobre para entrar a ver a los enfermos, no tenía por qué hacerlo, algo me llamaba poderosamente desde adentro, y ese algo no era otra cosa que el mismísimo Uwe Bruker.

Entré directamente hasta su lecho de muerte, le habían dado una paliza de esas tipo judicial, lo dieron por muerto: Irreconocible, esta vez no tenía buen aspecto, su torso estaba desnudo; a la altura de los omóplatos tenía

dos extraños muñones de donde le brotaba pus, agua-sangre, y un líquido amarillo verdoso con la textura de anticongelante. En su gravedad me alcanzó a reconocer, le dio gusto verme; sin más preámbulos, con una voz casi inaudible, fue directo al grano. Me senté en su cama, acerque mi oído a su boca, usé mis manos para captar mejor el sonido:

—Mira, como puedes ver, me estoy muriendo, y como sabes, no tengo a nadie en este mundo; quiero dejarte mi carro, está dentro de una casa. La casa la alquilé la semana pasada, la fachada es de color verde olivo, con un barandal negro, está en la calle Atlas 325, cerca del Centro. Las llaves de la casa y el carro están en la polvera de la llanta derecha de adelante. Dentro de la casa encontrarás muchas instrucciones, yo ya no puedo continuar con mi trabajo, pero tú lo vas a terminar, y lo vas a hacer bien. Por lana, ni te preocupes, ¿te acuerdas todo lo que te dije aquel día en el bar ese, creo que se llamaba el *Chivas*?, pues es cierto; te fuiste pensando que era un chilango, y en cierta medida tenías razón, me comporté como tal.

—¿Te acuerdas que también te dije que Cristo no era hijo de Dios? Bueno, pues eso ya pasó a segundo término, ahora lo importante, lo realmente importante es que el verdadero Dios, el que está confinado en los calabozos hirvientes del infierno, le prometió un redentor al mundo, y aún no lo ha mandado. La cosa allá arriba y abajo se está poniendo gruesa; yo pertenezco al servicio de inteligencia de la resistencia celestial, y entre toda la legión vamos a liberar al Dios verdadero, para así, por fin, restablecer el orden perdido.

—Espérate, espérate, entonces ¿no eres un espía alemán?... —le pregunté.

—Sí, sí, pero también soy un ángel. ¿Ves estas heridas en mi espalda?, los diablos muy hijos de puta me arrancaron las alas y me dejaron por muerto, pero estoy vivo, sólo tengo vida para cumplir con mi misión. Sabes, el anticristo es el verdadero redentor, él ha de venir a este mundo a componer las cosas y, lo que es peor, va a nacer aquí en San Luis Potosí, en el año dos mil, en la segunda mitad del año dos mil.

Me retiré un poco de él. Hacía un gran esfuerzo para hablar, además se le notaba la prisa de decirme cosas; luego le dije:

—No mames, ¿a poco este pinche rancho bicicletero va a ser la nueva Belén?

—Pues aunque te burles, así es, porque así está escrito en el libro de los cielos e infiernos.

—Espérate, espérate, entonces ¿tú eres el ángel anunciador?

—Debieras haber sido detective, en lugar de profesorcillo, ahorita no estarías tan jodido.

—Bueno, bueno, si tú eres el ángel anunciador, entonces ¿quién putas soy yo?

—Tú eres el profeta de los próximos milenios, eres el gran escogido para decirle al mundo, a su tiempo, que el redentor, el verdadero redentor, ha llegado; esa fue mi última misión en esta tierra, y felizmente te encontré; de veras, por un momento pensé que ya todo estaba perdido.

—Oye, ¿y por qué yo?

—Porque así está escrito.

—ahaa *chingaa*, tan así, tan así. ¿Dónde va a nacer y quién va a ser su madre? ¿a poco un culito pedorro de esos de los colegios particulares de monjas?

—Me miró con dureza, me sentí cohibido, bajé la

vista, y con la punta del zapato golpeé la pata de la cama. Enseguida agregué:

—¿Entonces uno de los del Tec de Monterrey Campus San Luis?

—No seas pendejo, si fuera así, los diablos se darían cuenta al instante y lo eliminarían en menos de tres patadas; los diablos saben que va a nacer por estos tiempos, pero es todo, ignoran el lugar y demás cosas. El Anticristo va a ser el fruto del vientre de una puta y va a nacer en un hotel o en un prostíbulo, entre la perdición. Te darás cuenta en cuanto nazca, sólo tú vas a saber y, como ya te dije, a su debido tiempo se lo harás saber al mundo; debes tener mucho cuidado, pues con su nacimiento empezará la gran revolución de todos los tiempos, en los cielos, tierra e infiernos. Bueno, ahora ya puedo morir en paz, yo ya cumplí, tú te quedas como lugarteniente aquí en la tierra.

—¿Y si fracaso?— le dije. Me miró con dureza, como con odio, me dio miedo. Luego añadió:

—Ni se te ocurra.

—¿Y porque yo? dime, dime— le volví a preguntar.

—Porqueee...

—No te mueras, no te mueras —le dije, mientras lo zarandeaba.

Esas fueron las últimas palabras del gran Uwe Bruker. El alemán, chilango, ángel o lo que haya sido, sonrió, después cerró los ojos y expiró. Lo tapé cuidadosamente con la sábana blanca de su cama. Justo cuando me iba a retirar de su lado, se tiró un gran pedo sonoro, los demás enfermos del pabellón y sus visitas me miraron inquisitivamente, les sonreí con cara de pendejo, y les dije con una voz de profeta, hasta entonces insospechada en mí:

—Fue el alma de este pecador que no alcanzó a arrepentirse, y ahora desciende vertiginosamente hacia los infiernos, de donde nunca debió haber salido— verdad a medias, una señora envuelta en un chal negro, con un rosario entre las manos, se santiguó y dijo:

—Ave María Purísima.

Una de las enfermeras, con un termómetro agarrado de un lado, desde otra cama agregó:

—¡Viejo cochino!

Por un momento pensé ser el nuevo redentor, e iba cargar con todas las culpas ajenas, algo así como lo hecho por Cristo, pero él había sido muy claro, había dicho que yo era el nuevo profeta. Sonreí ufano, y salí del pabellón; no quise reclamar el cadáver, por temor a los demonios. Lo aventaron a la fosa común. Esta vez no dudé de la autenticidad de sus palabras, me vine convenciendo de su sinceridad por las heridas en su espalda y ese liquido tan raro; realmente, le habían arrancado las alas de cuajo, debió haber sufrido mucho. En realidad, él había sido un gran alemán ángel espía chilango; en otras circunstancias, le hubiera hecho un monumento, o le habría propuesto al Municipio una calle con su nombre; pero como estaban las cosas, lo mejor era no hacer nada, sólo hacer *mutis* y escabullirme.

Salí aturdido del Hospital Central; ahí estaba la estatua de Bocanegra con su glorieta, y más allá, el Café y Nieve, y atrás, el Parque de Morales como telón de fondo; el tránsito era intenso, al que estaba acostumbrado. A mí se me hacía todo tan diferente, todo seguía igual, yo era el que había cambiado radicalmente en tan sólo unos cuantos minutos; había entrado al hospital como un potosino más, y había salido como el profeta de los próximos milenios, el gran lugarteniente de Dios en la

Tierra. Me empezaba a gustar la encomienda, comencé a entrar en papel; pensé en comprarme unas sandalias, una túnica, y dejarme crecer el pelo y la barba. Caminé por la acera, atravesé la Avenida Himno Nacional, y luego llegué a la Carranza. Me subí al camión de Morales; decidí no ir a trabajar, esa mañana no movería el gis. No me quise ir en taxi para no dejar testigos. Me bajé en el Centro, en Carranza esquina con Reforma; de ahí, caminé hasta la calle Atlas. Mientras caminaba, me imaginé los iconos rusos del siglo XXXVI, serían preciosos: de un lado, la puta madre del Anticristo, del otro lado yo, y él, como un pequeño Dios entre los dos; realmente la cosa no pintaba mal.

Encontré el barandal, la casa, el carro, la polvera y las llaves. Es curioso, pero las instrucciones celestiales se parecen mucho a las de aquí. La primera instrucción era precisa y concisa, además la única escrita apresuradamente a mano; todas las otras estaban en cinco discos compactos, y decía así:

—No seas pendejo, no te dejes crecer la barba ni te pongas huaraches ¿de dónde sacaste esa pinche mamada del sayal? Ya estás haciéndole al chilango, deja de leer tanta pendejada, debes seguir siendo el mismo; acuérdate, el gran espía es aquel que pasa desapercibido. A partir de ahorita, nadie sabe de ti, ni en el cielo ni en los infiernos; no esperes ayuda, la resistencia celestial no te conoce y si la cagas, nomás acuérdate de mí, acuérdate cómo me encontraste arriba de esa cama de hospital. Te digo esto, para que tengas una ligera idea de lo que te puede pasar. Por otro lado, dejé las cosas de tal manera que, si no cometes errores, no vas a tener problemas, va a ser demasiado simple. Acuérdate siempre, la simplicidad, la simplicidad es la clave. Olvídate de los de

protagonismos, o ellos te harán fracasar.

Después de terminar de leer la primera instrucción, me asusté, de a de veras, porque yo soy culito de esos de caballería. De repente, sentí que el culo se me iba empequeñeciendo, cada vez más y más, y mis *güevos* abandonaron el escroto, perforaron la vejiga y las tripas, después tomaron la ruta de la laringe y se colocaron en el lugar de la campanilla; *güevos* y campanilla eran una misma cosa, no podía respirar. De mi boca sólo salió un angustioso:

—Gulp.

Me la tenía que ver con ocho billones de diablos, y todos ellos totalmente encabronados, y sin contar con tan siquiera tantita ayuda de los ángeles verdaderos, porque, aparte de Bruker, no he visto otro, y si usted me dice que ha visto uno, usted, sin duda alguna, es un mentiroso o, en el mejor de los casos, lo confundió con un OVNI. Pero, la tercera ley de Newton es clara, precisa y concisa: a toda acción le corresponde una reacción igual y en sentido inverso; y eso fue lo que me sucedió, porque después de esto, comencé a sentir un valor desconocido, inusitado, y claramente sentí que el culo se ponía del tamaño normal y los *güevos* volvían a ocupar el escroto. De repente, contra todas mis costumbres, me sentí temerario y no sólo no me quería esconder de los demonios, sino que hasta quería salir a buscarlos, y me dije:

—No seas pendejo, no cometas errores, ya habrá tiempo de sobra para ajustarles las cuentas a uno por uno de esos hijos de la chingada.

Todo estaba claro, aparte de ser un profeta sería también un espía bien chingón, cientos de veces mejor que el James Bond, mejor que el espía alemán. Aparte de las instrucciones, había también finanzas y, tal como lo di-

jo Uwe Bruker, no me debía preocupar por la lana. Las finanzas de la rebelión celestial estaban a mi nombre y, créamelo, era el hombre más rico y poderoso sobre la tierra, y nada que ver con el crimen organizado, ni nada, todo era dinero limpio.

Borré todas mis huellas digitales, me comí el papel escrito, todo el sistema de cómputo lo dejé en blanco, a excepción de una *lap-top*; fue en ella donde leí las instrucciones, todo lo demás lo dejé ahí. Salí de esa casa, únicamente con la pequeña computadora y los discos compactos; nunca regresé, ni quise saber más de ella, ni del carro, ni del sistema de cómputo que era mucho.

Cuando la araña puja es porque está echando hebras

Ya han pasado muchos meses desde el sensible fallecimiento de mi gran amigo Uwe Bruker, y no ha pasado nada, ninguna señal; no he visto, oído ni sabido nada. Verdaderamente, ser espía es demasiado fácil, y ser profeta es mucho más; podría hasta pensar que ese chilango me tomó el pelo, pero no es así, realmente no tiene caso poseer tanta riqueza si no la vas a usar; pero yo puedo disponer de sumas estratosféricas con tan sólo apretar unas cuantas teclas de computadora, y como dijo el premio Nobel de Economía del noventa y nueve: los sistemas financieros del mundo están tan bien hechos que hasta un chimpancé puede manejarlos; eso me sucede a mí, llega a tal nivel la sofisticación, la sencillez de los conceptos: ante todo, las ganancias deben ser máximas, los riesgos y las pérdidas deben ser mínimas, y entre más se cumplan estos preceptos, los sistemas son cada vez más

estables. Se parecen, o mejor dicho, son iguales a los conceptos dinámicos de la física estadística: cuando la entropía es máxima entonces el sistema es más estable.

Me he tomado demasiado en serio la encomienda, nadie sospecha ni siquiera tantito, sigo trabajando de simple profesor universitario. Hasta ahora, no he cometido error alguno; tenía razón el alemán cuando dijo eso del James Bond. Mis consorcios fabrican armamento y toda la logística de guerra imaginable; pero, yo sé que si la llego a usar, a partir de ese instante sólo me quedarían unos nanosegundos de vida. Si esta sofisticación de la logística aniquiladora sigue creciendo, va a llegar un momento en que las naciones no se puedan hacer daño, y las guerras en los próximos siglos podrían terminar como al principio, a mentadas de madre.

Bueno, para escaparme del tedio cotidiano, voy a confesar dos pecadillos, ambos sin trascendencia dentro del marco de la guerra cielo infernal. Compré unos Van Gogh en una subasta en Zurich, me costaron la bicoca de quinientos millones de dólares, y los tengo colgados en las paredes de mi humilde casa. Todo mundo piensa que son imitaciones, a lo cual yo accedo al instante. También, compré una fábrica de condones en los Estados Unidos, mandé hacer miles de ellos, todos con mi nombre, mi fotografía y a mi medida, además con agujerito. Me he pasado estos últimos meses recorriendo los congaes, tugurios, centros nocturnos y el Eje Vial. Me he cogido a cuanta puta me he encontrado, no me importa cómo estén, ni cuántos años tengan; en las instrucciones, nada hay respecto a la identidad de ella, sólo que va a ser una mujer de la perdición de las calles de San Luis; pues, no sólo quiero ser el profeta de los próximos milenios, además quiero ser también el padre del Anticristo.

No me miren mal, ni piensen que soy un cretino, pues está escrito en los cielos, infiernos y en la tierra, que de la peor de las mierdas, brotan las mejores rosas.

La nueva Belén

Iba caminando en el atardecer, pisando los adoquines de la calle Scop, de la colonia Burócrata, rumbo a Morales. La tarde era una tarde fría de finales de otoño del dos mil. Los carros pasaban con prisa en ambos sentidos. La gente sólo pensaba en la Navidad; pero algo parecía diferente, al menos para mí. Claramente podía ver el sol tratando de esconderse atrás de esos cerros de cantera color de rosa que rodean a San Luis; veía cómo el gran astro se desabrochaba el cinturón, luego se bajaba los pantalones, los calzones y se sentaba tranquilo, en cuclillas, a cagar, usando los cerros y las chimeneas de la Asarco como una gigantesca nopalera, para que no lo vieran. El sol, en su estertor, llenaba de mierda de mil colores la atmósfera, era el crepúsculo potosino; pero para mí era la señal esperada por tanto tiempo.

Caí de rodillas sobre los adoquines, en medio de la pasada de los carros, y empecé a gritar con todas mis fuerzas:

—¡Ha nacido!, ¡ha nacido el Rey de Reyes!— la gente que pasaba, y la de los carros, me miraba como se mira a un loco; pero eso no me importaba, porque la misión era encontrarlo y protegerlo, pues para eso fui ungido por el ángel anunciador como el profeta de los próximos milenios.

Me paré a mitad de la calle, estaba como aturdido, decidí ya no ir a morales. Me volteé para ver el ocaso y la

señal por última vez, —toda la mierda de la historia—. Después, dirigí mis pasos a la casa.

Por fin, luego de tanto tedio y recorrer congales, él había llegado a este mundo, en algún lugar de mala muerte de San Luis. El muy hijo de puta, estaría viendo su primera luz.

Ya nada más me quedaban unas cuantas docenas de condones con agujerito; los tiré todos a la basura, ya no eran necesarios. Agarré dos tarjetas de crédito, una *lap-top* y una buena chamarra de pluma de ganso. Le encargué la casa a la vecina, y me encaminé a la Central de Autobuses. Me sentía muy cansado, agotado física y mentalmente, necesitaba unas vacaciones urgentemente; me preocupaban los Van Gogh. El bebé no me preocupaba mucho. Aunque me gustaba saber si se parecía a mí, existía una pequeñísima posibilidad de que yo fuera su padre; ya, de plano, sería muy mala suerte que algo malo le pasara, en mi ausencia de la Ciudad.

Ciudad Juárez

Llegué a la Central, estaba repleta de gente, por la temporada navideña. Saqué dos boletos de primera, directos a Juárez. Me subí a un *Chihuahuense* y me arrellané en mis asientos; entonces, la cabeza me comenzó a dar vueltas y más vueltas, mientras el autobús, con rumbo al norte, con la potente luz de sus faros se abría camino por entre las tinieblas de la fría noche.

Haciendo caso a mi cabeza, comencé hacer cuentas y más cuentas cuidadosamente:

Primero: El verdadero Dios está en un calabozo del infierno, de eso ya ninguna duda me quedaba.

Segundo: El Anticristo estaba entre nosotros; había visto esta tarde la señal, tanto tiempo esperada, en el cielo potosino durante el crepúsculo.

Tercero: Yo era el profeta de los próximos milenios, el gran escogido, el lugarteniente del verdadero Dios aquí en la tierra. Ya tenía tiempo asumiendo ese papel.

Cuarto: La gran revolución, la madre de todas las revoluciones habidas y por haber, había estallado con el nacimiento del Anticristo; esto no me constaba, pero Uwe Bruker lo había dicho.

Quinto: ¿Que estaba haciendo la serpiente en el paraíso, cuando Adán y Eva? ¿que estaban haciendo Luzbel y Belial en el paraíso? Como que estos datos no encajaban, el paraíso era permeable a la maldad.

Sexto: Es obvio que si a Adán y a Eva los corrieron del paraíso, no fue por comerse una manzana; los corrieron por cogelones. Dado que Eva era una costilla de Adán, en toda caso los pudieron acusar de endogamia, pero no fue eso. El pecado de nuestros padres fue el sexo; luego, el sexo es pecado pero ¿por qué? Uno puede ver a los perros pegados en la calle, y nadie piensa en el pecado. La clave está en el sexo, es ahí donde está la respuesta; pero ¿cómo? Por otro lado, el sexo fue concebido únicamente con fines reproductivos, bueno, al menos, en principio.

Séptimo: Debe haber una manera de comunicarse con el cielo o el infierno; si existe el camino inverso, el directo también debe existir; ¿pero?, tanto el cielo como el infierno son permeables, de eso no tengo duda, y si no, ¿cómo llegó al paraíso la serpiente? Cómo hacerle para llegar a cielo o al infierno, sin antes morirte.

A final de cuentas, y después de mucho cavilar, sólo contaba con el sexo como única pista, y a la mejor es-

taba equivocada; pero, peor es nada. El camión seguía su marcha rumbo al norte, abriendo las tinieblas frías, y luego olvidándolas —así son los camiones—.

Conclusion: Tenía, como única pista, una raja bordeada de pelos. Por ahí se puede llegar al paraíso o al infierno, pues para allá iba, el jodido va a todas, de eso no hay duda.

Corolario: Y por último, ¿por qué yo? si soy bien pendejo, y soy bien culo. De plano, demasiados cabos sueltos, necesitaba unas vacaciones urgentemente.

Llegamos a Juárez, alrededor de las tres de la tarde, una tarde nublada de mucho frío. Salí de la Central de Autobuses, tomé una *rutera* rumbo al Centro, me hospedé en el *Hotel Juárez*, un modesto hotel; luego, salí a buscar comida. Comí en el *Coyote Inválido*.

Necesitaba hacer tiempo mientras llegaba la noche. Me puse a recorrer los bares, el *Kentucky*, *El Recreo*, quería ver a la raza.

Regresé al hotel, y me di un buen y merecido baño; luego, me dirigí al *Princes*, y lo tomé por asalto: Ofrecí cien dólares a toda bailarina exótica, por una auscultación de su sexo por tan sólo cinco minutos. Al rato, había una fila; de los antros vecinos se dejaron venir. No encontré nada relevante, ninguna pista.

Pasé la navidad y el año nuevo en Juárez, y luego regresé. Me urgía conocer al recién nacido, me agarró una urgencia a la inversa.

El nuevo Mesías

Tan pronto como pude, después de regresar de Juárez, me fui a conocer al nuevo Rey. Me dirigí al centro de la

ciudad, a la zona de las vecindades. Entré a una de las más grandes, crucé dos patios atestados de tendedores, toqué a la puerta de un cuartucho, salió una mujer chapparra, morena, más bien prieta, con un niño en brazos; ¡por un poco y me desmayo! .

—¿Aquí vive Carmina Burana?

—Balbuceé lo primero que se me vino a la mente, y luego me dije: —¿Por qué tenía que hacerme esto? Estaba totalmente anonadado, la cara del bebé era la mismísima cara de Uwe Bruker. No era justo, me la había pasado recorriendo congales mucho tiempo. ¿Por qué el pinche alemán, hijo de puta, no había dicho que el bebé iba a ser hijo suyo? En nada hubieran cambiado las cosas.

—No señor, aquí no vive, aquí vivimos yo y mis dos hijos, son cuates, mírelos. ¿Le pasa algo, se siente bien? —me dijo.

Entonces, me fijé bien; en el fondo del cuarto estaba otro bebé, era morenito, y se veía muy a gusto, me sonrió, no podía ser de otra manera: eran cuates. La madre mostraba una fuerte preferencia por el güerito.

—Pase, pase, siéntese; le voy a dar un vaso de agua —dijo.

Desperté la compasión de la mujer; realmente me sentía mal. Pasé al cuarto, me senté en una silla destaralada, me tomé el agua.

La señora estaba contentísima con sus dos hijos, y no eran feos, pero a leguas se le notaba la preferencia. Uno se llamaba Israel, el güero, y el otro, Inti, nombre peruano.

Esa fue la única vez que vi al güerito y a la señora. Al otro, me lo volvería a encontrar años después. Me las ingenié por medio de terceros para que nada les faltara.

Pasado algún tiempo, le robaron al morenito, y sólo un poco después, la madre y el pequeño Uwe Bruker fueron descuartizados de la manera más horrenda; los metieron dentro de los daños colaterales. Salieron en todos los periódicos y noticieros, tanto nacionales como extranjeros. Me sentí muy mal, había fracasado rotundamente en mi encomienda.

Años después, comenzaron a ocurrir cosas extrañas. Una bandada enorme de pelícanos fue encontrada muerta a cientos de kilómetros de la costa, aparecieron tres chupacabras descuartizados en una comunidad en el norte de México, y, por si fuera poco, un niño de las alcantarillas del *Deje* hacía milagros: cajas de combos de comida vacías eran convertidas en miles de combos; las transnacionales estaban que se las llevaba la chingada.

Yo, por mi parte, me empeñaba en pasar desapercibido, no cometí ningún error, las cosas seguían su curso normalmente. Esperaba el castigo divino en cualquier instante, y bien merecido; pero nada sucedió.

En un bosque de la China

No fueron los ingleses, los primeros en lograr la clonación. Ni tampoco es cierto que los gringos hayan decodificado el genoma humano. Los primeros en hacerlo fueron los pinches chinos, eso fue muy antes, pero en lugar de publicarlo en el *Science* o en el *Nature*. Simplemente agarraron casi un millón de chinas, y les injertaron los embriones totalmente mejorados y programados, insensibles al dolor, altamente inteligentes, de todas las razas posibles, con una lealtad hacia china incrustada genéticamente a nivel molecular; y, por si fuera poco, los clones

no poseen alma, es decir, son transparentes en la guerra cieloinfernal.

Ustedes se han de preguntar, si todos los embriones salieron bien. Pues no, cientos de miles salieron mal, pero cientos de miles salieron bien. A los malos los eliminaron —así debería ser en todas partes— y a los buenos los super educaron, y después los distribuyeron en todos los países, en todos los niveles de las sociedades correspondientes. Son indetectables a simple vista, parecen ciudadanos comunes y corrientes. Son burócratas, taxistas, gobernates, etc., etc., y de ambos sexos. Son los mejores espías del mundo el día de hoy, sólo comparables con Cristo.

Y todavía peor, han seguido clonando chinas y más chinas, no sólo han mejorado los genes, además han logrado la maduración artificial, a base de *clenbuterol*. Uno puede ver un clon chino de apariencia de cuarenta años, cuando sólo tiene siete u ocho años. Actualmente, los tienen infiltrados en todos los cárteles y policías del mundo. Son los amos y señores del bajo mundo.

El Anticristo

Me mandaron a un curso al Defe, a un encuentro de física de partículas y campos, de nivel internacional. Sufrí mucho porque no quería ir, a mi el *Defe* me da pavor, pues no sólo me tenía que cuidar de los asaltantes, de la policía local y de los de la AFI; además, me debía cuidar también de los diablos y de los ángeles; unos me querían chingar porque ese es su oficio, y otros, por haber fallado en la encomienda. Realmente estaba paranoico.

En la central de autobuses iba a tomar un taxi. Me

dio miedo. Saliendo de la central, me metí a los túneles del metro. Me bajé en una estación del centro, cerca de la Alameda. Vi un montón de niños de la calle jugando despreocupadamente; les pasé por un lado. Uno de ellos me siguió, no era más que un niño; me *paniquié*, comencé a caminar más rápido, y el hizo lo mismo; me asusté de a de veras, no quise ni voltear a verlo. Cuando iba a empezar a correr despavorido, oigo una voz de niño, atrás de mi, diciendo:

—Padre, ¿por qué me has abandonado?

Volteo, y veo al morenito, al cuate, al sobreviviente perdido. La respiración me faltaba, busqué una banca, me dejé caer en ella. Estábamos en la Alameda Central, era de mañana, los pájaros revoloteaban, la luz del sol se filtraba por entre las copas de los árboles. Lo miré con detenimiento por largo rato. Comienzo a ver en mi mente una película en cámara lenta, la noche oscura que llegué al congal ese, de mala muerte, donde trabajaba su madre; de tan pedo que andaba, ni condón me puse.

—Oye, entonces tu eres el volado que cayó águila; pensé que el güerito era el bueno. Perdóname en ser tan racista, ahora sé que no era otra cosa que el señuelo. Ese Uwe bruker pensó en todo, y yo que no me cansaba de mentarle la madre —le dije.

—Si padre, yo soy ese volado. Ahora me voy, no es conveniente que nos vean juntos. Por mi, ni te preocupes, puedes vivir tranquilo; soy invencible e indestructible. Nada más tú y el *DIF* me pueden hacer daño, y muy pronto ni él me podrá perjudicar. Sigue haciendo las cosas como hasta ahora, te salen muy bien, como que no te cuesta mucho trabajo. —Terminó diciendo, luego dio media vuelta, y se fue por donde había venido.

Me le quede mirando, mientras se alejaba, y el alma

se me llenó de una ternura insospechada; era mi hijo. Seguí sentado en la banca por mucho tiempo, pensando y recordando muchas cosas, también pensé en lo último que dijo. ¿Se estaría burlando de mí?

Me levanté de la banca, y dirigí mis pasos al *Sanborns* que está en la Alameda. Necesitaba desayunar, iba eufórico; de golpe, todas mis fobias, y ezquizofrenias desaparecieron y, en su lugar, apareció una seguridad y orgullo, hasta ese momento desconocidos para mí. He visto a más de un padre regresar orgulloso del kinder agarrando la mano de su pequeño hijo, y mostrándole a todos la estrellita dorada pegada a la frente del niño. Y yo, que era el padre del anticristo, estaba orgullosísimo. Terminé de almorzar, me dirigí al hotel sede, me inscribí en el evento, me dieron una constancia, y jamás me volví a parar ahí; me tomé toda la semana de celebración en los mejores ántros del *Deje*; había estado sometido a un estrés indescriptible en los últimos años.

El armisticio

*La moral es un arbol
que hecha moras
¿Y si no?
No vale madre
El Alazán Tostado*

Los meses posteriores a ese encuentro fueron los más felices de mi vida; pero la felicidad, para que sea buena, debe de ser poca y, si se puede, efímera.

Había hecho las cosas según dijo Uwe, pasar desapercibido, no cometer errores, el Anticristo se cuidaba solo.

No obstante, una tarde, tres tipos enormes me secuestraron, me subieron a una *hummer*.

—No te vamos a hacer nada, no te pongas nervioso— dijeron. ¿Serían secuestradores común y corrientes?, muy poco probable, pues yo no presumía de la megafortuna; si eran diablos, me esperaba la chinga más despiadada de toda la historia. Me acordé de Uwe Bruker en el hospital, y del hermano del Anticristo. Los ángeles aliados, no veía el porque me secuestraran. Yo estaba con el culo en la mano.

—Somos chinos —dijo un gorila de aspecto totalmente mexicano.

—¿Si, cómo no? —pensé.

—Te vamos a llevar a China —dijo el que iba manejando.

—Ya me llevó la chinada —volví a pensar.

Nos encaminamos al aeropuerto potosino, y nos subimos a un pequeño jet ejecutivo. A bordo, se encontraban dos azafatas mexicanas buenísimas; estaba tan asustado para pensar en sexo.

—Somos chinas, y nos vamos a encargar de hacerte el viaje lo más agradable posible, es un viaje largo —dijo una de ellas; era preciosa y amable. Me llevaron hasta atrás, a un pequeño privado. Una de ellas, me quitó los zapatos y me recostó en un sofá, puso mi cabeza sobre el vientre de la otra, esta comenzó a acariciarme tiernamente, la cabeza y el cuerpo, mientras me decía amorosamente un montón de cosas. La primera azafata trajo un whisky doble en las rocas exquisito, me cayó de perlas; serénate y trata de dormir, el viaje es largo. El whisky tenía algo, porque me quedé dormido muchas horas. Desperté amaneciendo; las dos mujeres seguían frente a mí, velando mi sueño.

Aterrizamos en un mega-aeropuerto, y desviaron el avión a un hangar privado. Bajamos, las dos chino-mexicanas me cuidaban de cerca, los matones, casi ni pelaban. Me llevaron a una casa de seguridad, siempre con el mejor de los tratos. Pude verificar que me hallaba en China, pues todo estaba en chino. Estaba sucio y lleno de sudor, y con ganas de echarme un baño.

Me dieron una *suite*, en una casa de seguridad enorme. En eso, hubo un cambio de guardia y entraron dos nuevas méxico-chinas, también hermosísimas; les dije que deseaba bañarme, y comer un poco. Ni por un instante me dejaban solo. Viendo ellas que estaba un poco incómodo, llamaron a una cubana-china, con un culo de aquellos, unas chiches exquisitas y cara de ángel. Ella era de raza negra, pero china. Nos bañamos juntos mientras almorzábamos; que cosa tan rica. Ya me empezaban a caer bien los chinos, me parecían unos anfitriones inigualables. Entre las tres me secaron, me dieron otro whisky, ya sin sustancia alguna, y me dejaron dormir un poco más.

Cuando desperté, las tres estaban en la habitación y me vistieron. No supe cómo sabían mis gustos en cuanto a la ropa y mis medidas, pero parecía que estaba en casa.

Me sacaron de la habitación y me llevaron a una oficina enorme. Todos los chinos que encontramos durante el recorrido, me miraban con admiración y respeto. Más de uno se quería tomar una foto conmigo, pero les estaba prohibido.

De un privado salió un chino-chino; debía ser un gran funcionario, porque las chinas-mexicanas y la china-cubana, recibían órdenes de él.

—Bienvenido a China, señor profesor —dijo esto en el mejor de los españoles— lo hemos raptado porque

sabemos quien es usted, espero y lo hayan tratado como una persona de su altura se merece; mañana a las diez horas habrá una junta internacional e intercelestial, de extrema importancia, no nada más para nuestra nación o el mundo, sino también para el universo. Nosotros no vamos hacerle daño alguno, pero tenemos que tratarlo de manera extraordinaria, en cuanto a su seguridad; no lo tome a chiste, pero en este instante es el hombre vivo más importante del universo. Bueno, mientras tanto, disfrute de nuestra hospitalidad; le mandaremos un médico para un chequeo de rutina, pues mañana tiene que estar usted al cien por ciento.

El médico, un chino-argentino idéntico al Che Guevara, me tomó unas muestras de sangre y orina, chequeó también mi presión y luego me dejó en manos de las chinas, que ahora eran más, y de otras nacionalidades, pero todas ellas hablaban el español a la perfección. Había una pequeña fiesta en mi honor, y ahí me presentaron una china-china, la cosa más hermosa.

A las 9:30 llegaron hasta la casa de seguridad varias limusinas, todas con la bandera de china, y nos recogieron. Me taparon la cabeza, yo podía mirar para afuera, pero los demás no podían verme. Con tristeza, noté que esta vez no había chinas sino chinos-chinos, pero me trataban muy bien. Llegamos a un inmenso centro de convenciones, donde había limusinas con todas las banderas del mundo; la seguridad era extrema. Al verme pasar, con la cabeza tapada, algunas delegaciones me aplaudían, y no sabía porque.

Ahí estaban los representantes de las diferentes potencias del mundo, además de los representantes del cielo y del infierno. Al ver a los diablos, me dio un miedo incontenible. Comencé a temblar; un chino-chino puso su

manaza sobre mi hombro, y dijo:

—Tranquilo profesor, no pasa nada— me serené muy apenas.

Yo había conocido a Uwe Bruker, y sabía que era un ángel, pero ya no estaba seguro si realmente lo fuera; en él, todo era humano, salvo esas heridas extrañas en su espalda y esa sangre como anticongelante. ¿Cómo era posible que un espíritu reencarnara?, porque los diablos eran de carne y hueso, así también los dioses; bueno, al menos eso parecía, era muy extraño.

Me dieron un asiento en una enorme mesa. Todos los lugares estaban reservados, el mío tenía un nombre en español falso y, creo que también, en chino. Una vez ocupados todos los lugares, un ruso, a nombre de la comunidad internacional, se aventó un discurso de esos tipo *ONU*, luego cedió la palabra al anfitrión. El anfitrión habló en chino, pero yo tenía puesta una diadema con un micrófono, pude entender todo perfectamente.

Después, tomó la palabra un demonio, y habló a nombre de todos los demonios habidos y por haber:

—Desde nuestro punto de vista, es claro y tajante que al desaparecer el género humano, con él desaparecerán todas las deidades y demonios, pues, aunque no lo crean, fue el temor, la ignorancia y la fe de los humanos, quienes por procesos probabilísticos nos criaron, tanto a los dioses como a nosotros; pero debemos dejar en claro, que las maldades cometidas, los crímenes atroces a través de la historia, en nombre de los dioses o en nombre de los diablos, no se diferencian gran cosa, al menos estadísticamente hablando. El bien y el mal no deben ser dos polos opuestos, desde el punto de la moral humana, pues son indistinguibles.

Pedí la palabra; me fue concedida. Yo seguía con la

cabeza tapada:

—Yo no entiendo cómo un espíritu pueda reencarnar en un cuerpo humano, es decir, ¿cómo pueda crear masa? Tampoco entiendo cómo un espíritu pueda maniobrar el mundo físico; eso se me hace imposible.

—Profesor —dijo uno de los anfitriones— usted es físico, y le será fácil de entender: es un proceso totalmente análogo al mecanismo de Higgs, en el *Standard Model*.

—Ahhh... pero eso aún no está probado, y es casi seguro que el *LHC* fracase —dije.

—El mecanismo funciona —terció uno de los diablos— si los físicos experimentales y teóricos del *LHC*, allá en el *CERN*, no lo pueden probar, eso no es asunto de nosotros.

Un gringo, cambiando de tema, dijo: —las superpotencias hemos acordado no estallar la tercera guerra mundial, todos saldríamos perdiendo, no habría sobrevivientes. Pero debo dejar bien claro esto: el único que puede echar abajo este acuerdo es el Anticristo, y el único que lo puede frenar es el profesor; dejémosle esa tarea. Entendemos que el costo para nosotros como nación es altísimo; cederemos la supremacía mundial al Pueblo Chino.

Aplausos y más aplausos. Todos se pusieron de pie, algunas delegaciones se abrazaban entre ellas y con las demás delegaciones. Sólo yo seguí sentado, nadie me dijo nada. Mataría a mi hijo para que ellos estuvieran felices. Tendría que eliminar a mi propio hijo, eso no estaba bien, pero no tenía de otra, estaba a merced de los chinos. Me acordé de lo dicho por el Anticristo en La Alameda Central; tal parecía que ni el mismísimo *DIF*, le podía hacer daño ya.

El asesinato

Los chinos me trajeron de regreso al *Defe*, sin descuidar para nada la seguridad. Esta vez no hubo chinas ni nada por el estilo. Me trataron bien, me trataban como a cualquier otro de los suyos. Por un momento, pensé ser un soldado chino, estaba acuartelado, y sólo recibía órdenes.

Una noche, me dieron muchas instrucciones y un revólver .38 corto, con una sola bala de plata; la bala estaba grabada con una cruz en la punta. Me llevaron al Estado de México, a la vecindad donde vivía el Anticristo, me repitieron las instrucciones, me dejaron en la puerta de la vecindad.

—Acompáñeme uno de ustedes —les dije.

—No tiene caso, si pudiéramos, esto lo hubiéramos resuelto hace mucho —dijo uno de ellos.

Tomaba todo esto como una broma, una maldita broma de mal gusto, algo así como lo de nuestro padre Abraham con su hijo Isaac; justo cuando iba a descargar el golpe de puñal sobre el pecho de su hijo, un ángel le detuvo la mano, y a cambio le ofreció un corderito para el sacrificio. Así pensaba que me iba a suceder a mí; más que estar viviendo el momento, se me figuraba que era parte de una obra de teatro, una comedia. Seguí caminando por entre los patios, de acuerdo con el libreto.

Estaba en un cuartito de la vecindad, sentado en un camastro. Un foco de 60 watts, pegado al techo en el centro de la habitación, iluminaba la escena; abrí la puerta de golpe, me vio, y dijo:

—Padre, ¿vienes a matarme?

—No lo tomes a mal —le dije— entiéndelo de esta manera: sólo es, estrictamente, un asunto de negocios.

Oye dos preguntas, me leyó el pensamiento:

—¿Por qué fuiste escogido, si eres bien pendejo y bien culo? Bueno, porque tú no tienes alma, esto sucede rarísimas veces; de hecho, no sucedía desde antes del nacimiento de Cristo, y cuando esto sucede, ustedes son ungidos como profetas. Los clones tampoco tienen alma, y respecto a lo otro, por qué mejor no le preguntas a la abuela.

Comenzaba a entender más cosas. Volteé para todos lados, me asomé incluso abajo del catre, buscaba al corderito, algo a que tirarle, aunque tan sólo fuera un pinche chino; *chingao*, no había nada, ni nadie, me sentí mal, y no lo pensé. Saqué de entre mis ropas el revólver, le apunté al pecho, jalé del gatillo, se oyó una gran detonación. Durante esa millonésima de segundo que duró la detonación pude ver, en tres dimensiones, el universo desde sus comienzos hasta sus finales.

Se desplomó sobre el camastro, mientras un líquido extraño le salía del pecho. Era como la sangre de Uwe. Después, volteé la cara, para no verlo, e instintivamente seguí jalando del gatillo —clic, clic, . . .— pero era inútil, porque el revólver nada más traía una sola bala. Salí corriendo del cuarto y de la vecindad, con la visión aquella. Afuera, me estaban esperando los chinos, felices de la vida, de plácemes.

El regreso a San Luis Potosí

Me dejaron en la plaza de Fundadores, frente al restaurante La Parroquia, un domingo por la tarde. Tenía un poco de dinero y mis llaves; iba a entrar a cenar algo, pero decidí llegar a la casa lo más pronto posible.

Pregunté la fecha, llevaba desaparecido quince días. Me dirigí a la casa, vivo en el Centro; metí la llave a la cerradura, y en eso salió mi vecina:

—Oiga, las cosas que me dio, las puse en la basura, luego pasó el camión, y se las llevó.

—¿Como dijo?, no le entiendo.

—Sí, todas las cosas que me dijo que hiciera antier las hice.

—Ahhh, sí, sí, bueno, muchas gracias; después, me dice cuánto le debo.

Entré a la casa, me dejé caer en el sofá. Eso sí que no, esos pinches chinos, hijos de puta, me habían clonado a mi, el gran profeta fracasado de los próximos milenios. No tienen respeto por nada, y eso sí que no se vale. Los cuadros de Van Gogh ya no estaban. Dejaron una computadora encendida, desbloquéé la pantalla, y estaba en mitad de ella el siguiente mensaje:

—Bienvenido a la realidad, Sr. Profesor.

Quise entrar a mis cuentas bancarias, a la bolsa. Todas las direcciones me rechazaban, nada más funcionaba la cuenta de la tarjeta de débito. Volvía a ser el mismo. Fui al refrigerador, lo abrí, había viandas exquisitas, dos botellas de champán frances, cerveza alemana, una botella de vodka ruso en el congelador y el siguiente letrero:

—Felicidades profesor, eres el héroe de esta super película; recuerda, ni una sola palabra a nadie, nada más acuérdate de Uwe bruker.

Destapé una cerveza, y abrí la botella de vodka; llené un cuarto de vaso, y me puse a comer con fruición. Entonces, me di cuenta de la triste realidad: exactamente era eso, mierda y nada más que mierda. ¿Sería el castigo por haber matado a mi hijo? Si así era, lo tenía bien

merecido. Era triste, estaba como al principio, sólo que con veintitantos años más, con los mismos problemas existenciales y, por si fuera poco, ahora tenía la edad precisa en que los hombres le pueden dar a las mujeres sólo tres cosas: asco, lástima y dinero. Por el asco y la lástima no había ningún problema, pero la tercera ¡de dónde la iba a sacar!

La verdad es que estaba resentido, resentido con los cielos e infiernos, con los chinos, con los gringos, conmigo mismo, era el momento de decidir si valía la pena seguir viviendo o acabar de una vez por todas con mi existencia. Otra vez esa sensación de haber llegado tarde; estaba triste, muy triste, lloré, siempre tarde.

Ya con la panza bien llena, tres cervezas y tres vodkas, me fui a dormir. La casa estaba igual, todo estaba igual, como al principio, pero todo había cambiado radicalmente. Me acosté pensando en la clase de mañana, y me dormí.

Teología cuántica

Sonó el teléfono, era un poco antes de las ocho de la mañana. Me estaban llamando desde una de las centrales de radiotaxis:

—Estimado profesor, su taxi llegará a la 8:40 am, y es el numero 0325.

Otra vez los chinos, ¿y ahora qué? Se supone que todos los negocios entre yo y el gran Pueblo Chino están finiquitados totalmente, y a su favor.

A las 8:40 llegó el carro, y lo abordé.

—Buenos días profesor, lo voy a llevar a la Facultad

de Ciencias, para su clase de Cuántica II de las nueve. Me pidieron que le informara lo siguiente. El Pueblo Chino está muy agradecido con usted, y en prueba de ese agradecimiento le vamos a hacer las siguientes proposiciones: mire, lo de jugar en un equipo de primera división, pues ya no se puede por su edad; si usted quiere, le podemos comprar el equipo internacional o nacional que usted guste. Respecto del premio Nobel, podemos sacrificar a uno de nuestros profesores, pero ni su mamá se lo creería; como que por ahí no va la cosa. A cambio de esto, le vamos a poner el mejor congal de todo México; claro, las bailarinas, administración, seguridad y todo el personal será chino. Lo más exótico que se haya conocido en México y en San Luis; supimos que ese, también, es uno de sus grandes anhelos. Por otro lado, le podemos comprar el colegio particular de monjas que usted diga, pero, eso sí Profesor, ni una palabra a nadie, siga como hasta ahora.

—No, gracias, me conformo con seguir dando clases en la Autónoma, si es que aún no me han corrido por haber faltado tanto tiempo.

—Si usted quiere, le compramos la Autónoma.

—No, no, gracias, así está bien —dije, aunque dudé, tenía ganas de correr personalmente a uno que otro que me caen bien gordos. El taxi me dejó enfrente de la Facultad de Ciencias, por la Salvador Nava.

Entré al salón, pedí disculpas por mi ausencia de quince días.

—Hoy vamos a ver el átomo de hidrógeno, vamos a resolver la ecuación de Schrödinger en tres dimensiones para un potencial central: el potencial de Coulomb.

—¿Saben qué?, mejor vamos a hablar de otra cosa, hablaremos del bien y el mal, del cielo y el infierno.

El cielo y el infierno, así como el bien y el mal, puede considerarse como un sistema cuántico de dos estados, ambos estados con la misma probabilidad, asociados a un operador hermítico. . . .

En eso, Susana, una de mis estudiantes sentada en la fila de adelante, abrió desmesuradamente sus enormes ojos y puso una cara de estupefacción; luego, me sonrió y me guiño un ojo, mientras cruzaba las piernas lentamente.

Susana es una belleza descomunal, y poseé un culo de miedo. Llevaba un vestidito de *licra* rojo cortísimo y por un instante pude ver su lindo calzón, y algo de su entrepierna.

Me volteé viendo al pizarrón, me llevé las manos a la cara y me dije:

—Susana es china, pinche Susanita, pinches chinos, pinche madre, pinche vida.¹

¹Esta última frase es un homenaje, pequeño y humilde, a Rafael Bernal, y por ahí plagio, de la manera más artera, la mitad de una frase de Paco Ignacio Taibo II. Que los cielos o los infiernos me perdonen, me da lo mismo.

El ángel de la Guarda

Un día antes, el Chucho había dado una gran fiesta en los patios del ferrocarril *Chihuahua-Pacífico*, a un lado de la estación de trenes de Ciudad Juárez. Consiguieron una buena botella de alcohol del 96, y muchas sodas de sabor, *brillantinas*. Él y otros vagabundos del *Escuadrón de la muerte*, se pusieron a tomar desde muy temprano, bajo la sombra de un gran árbol, en medio de la yerba. Era agosto y había llovido mucho en los últimos días. Se la pasaron todo el día piteando, piteando, recordando mejores tiempos ya lejanos, viendo pasar los trenes hacia el norte, rumbo al Paso, y hacia el sur, rumbo a Chihuahua.

Al otro día, el Chucho amaneció tirado de bruces en una de las calles del centro de la ciudad, con un fuerte dolor en el estómago, y con unas ganas infinitas de un trago de lo que fuera. Se le notaba un fuerte temblor de manos provocado por la descompensación de alcohol en su torrente sanguíneo. Se arrastró un poco, luego se sentó en la orilla de la banquetta.

Sin ánimos para pedir dinero, sintiendo en su cuerpo el pesado sol de las diez de la mañana, vio venir hacia él un hombre muy bien vestido, recién bañado. El hombre sacó unas monedas y se las dio al vagabundo, éste las agarró con su mano temblorosa; el hombre, al igual que

él, andaba crudo, tenía una fiebre consumiéndolo por dentro. Fue un acto solidario y no caritativo.

Cuando era chico, creía fervientemente en el ángel de la guarda. ¿Habría sido él, o su buena suerte? Había sido un milagro, de eso no le cabía la menor duda, quizás las bendiciones de su madre; se fue pensando eso, mientras caminaba rumbo a la tienda para comprar una *caguama* envuelta en bolsa de papel de estraza, se la tomaría rápidamente, no le daría tiempo a calentarse.

Salió de la tienda con la *caguama* helada, le dio gracias a los cielos. Tenía tiempo sin disfrutar una para él solo. Se volvió a sentar en la banqueta; con su filero la destapó, pero sus dedos titubeantes no pudieron sostenerla, se le cayó rompiéndose contra una piedra, y él con sus ansias, sin poder creerlo. No lo pensó, se tiró al suelo, le dio un sorbo a la bolsa de papel; sólo consiguió mojarse y cortarse los labios. Se levantó, vio un gran charco de cerveza desparramándose, aún más, a sus pies, se llevó el dorso de la mano a la boca, se limpió la sangre de los labios. Maldijo, en el pensamiento, al ángel de la guarda, escupió arriba de su suerte, se vomitó en el recuerdo de su madre, se cagó en un milagro y, por último, mirando aquel charco amarillo lleno de espuma blanca en el pavimento, el vagabundo exclamó:

—Pinche madre, mejor se hubiera caído Cristo de la Cruz.

Laredo

Salí de Laredo en 1960, recién cumplidos los seis años, siempre quise regresar. Por alguna cosa u otra, nunca me fue posible. Fue hasta el último diciembre del siglo cuando pude otra vez recorrer sus calles. Laredo no me reconoció a primera vista, ni yo tampoco lo reconocí, yo estaba muy cambiado y él demasiado grande; salvo algunas cosas, para mí era el perfecto desconocido.

Caía una llovizna menuda y helada, mientras me encaminaba a mi casa natal en una esquina del centro de la ciudad. Ya no existía mi casa ni las de los vecinos, las habían derrumbado; en su lugar estaba instalada una gran *pulga*. Era entre semana y la *pulga* yacía cerrada. Los grandes nogales me aseguraban estar en el lugar correcto; abajo de ellos, protegiéndose de la llovizna, estaba un loco. Además de los nogales, había otros árboles desconocidos, no tenían hojas por ser invierno, pero aún así me gustaron.

Me puse a platicar con el loco, a contarle mis recuerdos; en realidad, platicaba solo, el loco sólo me miraba y se reía, pero eso no me importaba. Le conté muchas cosas y, entre tantas, sobresalió una:

—Poco antes de abandonar Laredo, una mañana calurosa, después de una fuerte lluvia, el patio quedó inundado, es decir, donde estamos parados ahora. Alguien

me había regalado muchos veintes, de aquellos de cobre; por un rato anduve jugando con ellos, hasta que decidí sembrarlos, los sembré todos en este terreno.

El loco se puso serio, comenzó a convulsionarse, metió sus manos a los bolsillos, e hizo sonar unas monedas estrepitosamente; luego, sacó un puñado de aquellos veintes antiguos, todos lustrosísimos, y me los daba, mientras me decía, entre convulsiones y un grueso hilo de baba que le escurría por entre las comisuras de los labios:

—Tardó mucho tiempo en regresar, señor, y, además, vino muy fuera de la temporada de cosecha, pero no importa, son suyos, tome, tome, por favor.

La maldición del tercer mundo

Tenía la maldición del tercer mundo, jodido, sin dinero y un hambre congénita que lo perseguía, desde siempre, como sólo la sombra sabe perseguir: aún antes de nacer, ya era perseguido; esa conjunción de espermatozoide y óvulo, se llevó a cabo, no por la naturaleza, sino porque sí, por esas ansias enormes de ser, de seguir siendo aun sin ser.

Muchos seres nacen marcados, éste nació preñado de un hambre que lo habría de acosar durante toda su existencia, y aún más allá de su muerte. Él no era una realidad, sino una dualidad *hombre-hambre*.

Cuando lo sacaron del vientre de su madre, lloró de puro hambre, y no de la nalgada, recibida. Ni hoy, ni en el tiempo de los gigantes hubo, ni habrá, senos, por enormes que estos hayan sido o sean, capaces de llenar aquel ombligo.

A los pocos días de nacer, murió su madre. Les dejó como herencia, a su hambre y a él, lo largo y ancho del mundo. Vivían el uno para el otro, él para saciar su hambre, y hambre para atormentarlo a él. —La costumbre es la fuerza más poderosa de este mundo—: las cosas son

como las películas, o las películas son como las cosas, o la vida es como las cosas, y las películas son como la vida, y esta historia no tendría porque ser diferente.

Así fue como él se dedicó a trabajar para hambre, día y noche, entre la lluvia, el sol y el viento, mientras hambre implacable le acertaba los caminos. Una vez, hambre lo vio herido e incapacitado para el más mínimo trabajo; entonces, se le subió y lo lapidó inmisericordemente hasta casi matarlo. La misión del hambre no es matar, sino mantenerse. Unas almas caritativas se apiadaron de él, para regocijo de hambre, y sólo así, mitad vivo, mitad muerto, siguieron viviendo.

Pero la cosa no siempre fue así. Algunas veces, por las noches, y sólo por poco tiempo, hambre lo abandonaba y, entonces, se sentaban a platicar frente a frente, como lo que eran: Dos viejos conocidos.

Él le preguntaba a hambre:

—Dime, pues, ¿qué mal te he hecho, qué te ganas con atosigarme? a ver, dime. —Hambre le contestaba— no me mires como a un mal, mírame como lo que soy, soy la maldición del tercer mundo que persigue a los jodidos como tú, desde antes de nacer, en la vida y hasta más allá de la muerte. Yo no soy el pecado original, esa pendejada se quita con el bautizo, yo soy indeleble. Y recuerda, haz lo que hazas, Juan te llamas. Cuando vayas a la iglesia, no te echas tanta agua bendita; de veras, nada ganas con remojarte.

Un buen día, hambre, hastiado de la rutina, lo atosigó más de lo acostumbrado, le nubló la vista y le disminuyó el oído. Fue cuando él no pudo ver aquel enorme camión materialista. Él y hambre fueron a parar bajo un par de enormes llantas negras, tan negras como la suerte de él.

Hambre lo comprendió al instante, fue y lo colgó co-

mo escarmiento en lo más alto de las páginas de los periódicos amarillistas.

Allí estaría para siempre a todo color en primera plana, con las tripas de fuera, aplastado por el peso enorme de ese camión materialista, como destino. Tan sólo para decirle al mundo que no hay vida por jodida o agraciada que sea que no se pueda comprimir en un rechinar de llantas.

Una mujer así

Tenía unas chiches enormes y la fuerza de un tractor. Y así como Sansón, el israelita, arrastraba multitudes de filisteos para partirles toda la madre, ella arrastraba multitudes de potosinos para cogérselos, porque ella trabajaba de eso, de puta en el centro histórico de San Luis, en una de las esquinas del Eje Vial.

Si a Sansón se le hacían siete trenzas, a ella se le ajustaban ocho de su largo cabello castaño. Me gustaba dormirme sobre su exótica cabellera, me sentía como recién nacido arrellanado en ese lecho mullido, y soñaba y soñaba, sueños totalmente iluminados de mil colores indescriptibles, con pequeños seres y viajes a regiones remotas e ignotas del universo.

Además de su fuerza inaudita, sus grandes pechos, su exuberante cabellera, tenía unos muslos abultadísimos y una cueva caliente, lo más cercano al infierno sobre la tierra. Era capaz de secar a un potosino para siempre, en tan sólo unos instantes.

Trabajaba de seis a diez de la mañana, siete días a la semana. Nunca se tomó un descanso, siempre había una larga fila de hombres frente a su puerta esperando turno. Yo viví con ella, por un tiempo, hasta su partida, una mañana de julio. A su lado, nada me faltó, siempre anduve como un autómeta. Me tenía como embrujado, o

peor que eso, pero feliz, muy feliz. Una mujer así, nunca volverá a pisar estas calles de adoquín, de eso pueden estar seguros.

Aquella mañana de julio, regresé a casa después de varios días de borrachera. Se me hizo muy raro encontrarla, pues a esa hora, ella debería estar trabajando, a lo mejor estaba enojada conmigo por mi ausencia; abrí la puerta de la recámara con precaución, y ahí estaba, acostada sobre la cama, arriba de su cabellera, totalmente desnuda, con las piernas dobladas hacia arriba y abiertas. Su piel era transparente, y emitía luz cambiante de todos los colores; la luz se reflejaba en las paredes, era como si alguien estuviera viendo una televisión grande. De su cueva infernal salían y entraban millones y millones de pequeños seres, como los que había visto en sueños, se estaban dando una terrible fiesta y andaban como borrachos, todos tenían unos bigotitos blancos de semen, se veían muy contentos. Ella era una cisterna de perdición, de donde también salían millones y millones de pequeñísimos glu glu glu, casi inaudibles. Le dio gusto verme, me sonrió y luego dijo:

—El concepto de fiesta era totalmente desconocido para nosotros, se están dando su despedida, porque ya nos vamos. Por favor, no pienses mal de mí, en realidad soy una nave espacial, una vil máquina, aquí y en cualquier lugar del universo. El semen de humano es algo muy valioso para nosotros, e hicimos este viaje desde tan lejos, nada más para llenar nuestros tanques, y ahora esto nos alcanza hasta para el final de los tiempos; venimos de una estrella situada en el extremo de la vía láctea llamada Glu-glu-onía, y ellos se llaman así mismos los glu-glu-onitos —me les quedé mirando unos instantes, con cierto recelo, y luego le dije:

—No necesitas decírmelo, se les ve, se les ve—, me entró una angustia indescriptible por el temor a perderla. Enseguida le pregunté:

—¿Y lo nuestro?

—Ya te dije que soy una máquina, no soy una mujer, aunque así te lo parezca, soy una exprimidora sideral.— Si no fuera porque estaba viendo la escena, no lo creería.

—Oye, ¿por qué escogieron a San Luis precisamente, si hay cientos de ciudades más importantes?, pregunté:— ah, porque los potosinos tienen mucha leche y están bien pendejos— Ahhh.

Le iba a preguntar por qué me había escogido, pero muchas veces es preferible quedarse con la duda, aunque se viva atormentado por el resto de la existencia.

A mi pobre pueblo, lo exprimen los grandes capitales, los gobiernos, tanto extranjeros como nacionales, y ahora vienen desde los confines del universo a exprimirnos. No podía soportar eso, era demasiado. Ustedes deben saber que soy de filiación de izquierda.

—Pues, me vale madre que vengas de donde vengas y que tengas millones de hijos discapacitados, pero de aquí no sales, pase lo que pase. No ves que te quiero mucho, y no estoy dispuesto a perderte así *nomás*—

—Mira, por favor, no te empieces a poner potosino, no hay forma de que me detengas, así tienen que ser las cosas; por otro lado, te agradezco mucho que me quieras, me hubiera gustado tanto ser una mujer de a de veras.

Nunca la había deseado tanto como en aquel instante, viéndola así, con su cara de diosa y sus preciosísimas piernas al aire. Me entraron unas ganas enormes de poseerla por última vez, sin importar que aplastara con la verga a millones de esos seres imperfectos.

Por un instante me asaltó la duda. ¿Y si alguno de

ellos fuera hijo mío? Sonrió burlonamente, me había leído el pensamiento. Intenté acercármele, la fiesta se suspendió de golpe, todos los pequeños seres voltearon a mirarme con cara de sanguijuelas siderales, me dio miedo. Ella dijo:

—Ni se te ocurra nene, te dejarían seco en un nanosegundo, cada uno de ellos vale por mil vampiros; además, andan bien pedos, y en eso se parecen a ustedes los potosinos, no entienden razones.

A una señal, los enanitos entraron en un instante a su cuerpo por su sexo, estaban muy disciplinados los hijos de la chingada. Ya me estaban empezando a caer gordos.

—Bueno, es hora de irnos, me da gusto despedirme de ti, pensé que nunca ibas a llegar por andar de pedote, cuídate, adiós.

La virgen de las once mil vergas ascendió a los cielos, entre millares y millares de estrellitas, yo *nomás* mirando, mirando, con el alma destrozada. Se han de acordar de esa mañana, fue el día de la pequeña y rarísima nevada de julio, cuando ella se deshizo de los excedentes.

El perro blanco

Después del trabajo, regresé a casa alrededor de las tres de la tarde de un día caluroso del mes de abril, estacioné mi pequeña *troca* afuera de mi cochera porque no cabe en ella. Había movido el gis como desesperado, toda la santa mañana. Soy profesor en la Autónoma. Me subí a la recámara, estaba cansado, tomé un libro y me acosté; creo que nada más leí el título de algún capítulo, y me quedé profundamente dormido. Acostumbro dormir unos quince o veinte minutos por las tardes, para recuperar fuerzas.

Me despertaron unos golpes a la puerta.

—¿Quién será? —me dije—, puede ser una de esas hermanas religiosas que andan, casa por casa, vendiendo pedazos de cielo en abonos —me dio gusto—, pero para qué quiero otro pedazo de cielo, si ya he comprado cuatro, y el último aún no lo he acabado de pagar, todavía me faltan algunas letras.

No me quedó mas remedio que asomarme por la ventana. Me hincué sobre la cama.

Eran dos niños desconocidos, como de once años; en el barrio hay muchos niños desconocidos.

—¿Qué pasa?— les pregunté.

—Señor, hay un perro muerto en su cochera— dije lo que hubiera dicho todo profesor decente de la Autónoma:

—Ahorita bajo.

Valga la redundancia, pero qué suerte tan perra, me tiene que pasar esto a mí, yo que odio a las mascotas, a todas sin excepción, y tener que cargar con el cadáver de un perro ajeno, y totalmente desconocido. En el barrio hay muchos perros desconocidos. Salí a mi pequeñísima cochera, ahí estaba, era un perrazo blanco, totalmente blanco, parecía un lobo de alaska, pero mucho más chico. Debía pesar un poco más de cuarenta kilos.

—El perro llegó hasta aquí, y se murió— dijo uno de los niños.

—Ya le dimos unas buenas patadas, pero no se mueve—dijo el otro.

Uno ve cantidad de perros muertos por las calles, pero tener uno en la cochera, créanmelo, es un problema. Fruncí el seño, me quedé mirando fijamente a los niños, y les dije:

—Ustedes lo mataron— al unísono contestaron:

—Nosotros no, señor, se lo juramos.

—Puedo distinguir un mataperros a una legua de distancia, he conocido a lo largo de mi vida muchos tipos rudos como ustedes. Porque si es así, ahí en frente está el módulo de policía.

Vivo enfrente del módulo de policía de la colonia Infonavit Morales, un barrio populoso, en una casa pequeñísima, rentada, de dos plantas, de ésas de interés social, con cuatro y medio metros de frente. Uno de los dos dijo:

—Cuando le dimos las patadas, ya estaba muerto. Lo venimos siguiendo desde tres cuadras más abajo, y aquí se murió y, fíjese, tiene el chile de fuera.

No había necesidad de fijarse, ni de ser veterinario, lo tenía de fuera, se asemejaba a una salchicha frita,

color de rosa, de esas *suan*; con razón se llaman perros calientes, ahora sabía el porqué de los *hot dogs*. Me juré ahí mismo, en ese instante, nunca más volver a comer de esa comida chatarra *gabacha*. Cambié el tono de voz, y les dije:

—¿Tienen alguna idea de qué pueda hacer con este perro?, ¿conocen un taquero, un choricero, algún carnicero del barrio? Se lo vendemos, la mitad de la feria es para ustedes, la otra para mí, ¿les parece? —se miraron entre ellos y uno dijo:

—No conocemos a nadie.

—Bueno, les doy veinte pesos para que se lo lleven y lo tiran en el parque, a no menos de una cuadra de aquí.

Entré a la casa, saqué dos cuerdas, le atamos las patas y las manos.

—Bueno, llévenselo.

—Primero páguenos.

—No, primero llévenselo.

En eso estábamos, cuando sonó la campana de un carretonero, me asomé a la calle, estaba a media cuadra, le grité, se bajó del carromato, y vino presuroso. Los niños, al ver esto, hicieron *mutis*, dieron media vuelta y se alejaron. El carretonero miró al perro con detenimiento, y no dijo nada.

—¿Cuánto me cobra por llevarse este perro?— lo volvió a mirar unos instantes, de manera muy profesional, y dijo:

—Estos, los cobro a veinte.

—Está bien.

—Deje acercó el carro, pero me va a tener que ayudar a subirlo, está muy grande— terminó diciendo.

El carretonero regresó con su carromato, tirado por algo que en otros tiempos debió haber sido un caballo.

Entré a la casa por treinta pesos, salí. Agarré al perro por las patas, y él por las manos; una de las cuerdas se reventó. El carronato estaba del otro lado de la calle, frente al módulo de policía, y mientras cruzábamos la calle, con el perro cargado, le dije al carretonero, haciendo otro cambio de voz, una voz medio triste:

—Sabe, lo crié desde cachorro, me costó muy caro y lo quería mucho, estaba en la mejor época de su vida, era el mejor perro del mundo, pero tenía un gran defecto: era muy guzgo para eso de las perras, y pienso que eso fue lo que lo vino matando; a mí se me hace que estaba pegado a una, y los atropellaron de adrede. Mire cómo quedó el pobrecito, ahora imagínese cómo quedó la perra —Dios los haya perdonado—, bueno, al menos murió en la raya, no sé cómo le voy a hacer para consolar a tanta pinche perra caliente, ahora cuando vengan a darme el pésame.

—A la una, a las dos y a las tres—. El perro llegó hasta el lomo de la *redila*, se balanceó dos veces y se regresó; ahí, pude confirmar que estaba bien muerto, como habían dicho los niños. No hizo, ni dijo nada, sólo sonó hueco contra el suelo.

—One, two, three—. Esta vez, sí llegó, le di treinta pesos al señor, me dio las gracias, le contesté con un gesto, me dirigí a la casa. Ya en el marco de la puerta, di media vuelta para mirar el carronato: se veía como una gran cereza blanca, hasta mero arriba de un enorme y estupendo pastel de mierda, con el chile de fuera.

Mientras me lavaba en el fregadero las manos cuidadosamente, con asco, sentí una gran envidia por el perro blanco ya difunto, pero a final de cuentas yo había tenido algo que ver en el desenlace. A mí me gustaría tener un cortejo fúnebre como el de él; además, es bien barato,

muchos de mis enemigos, lo pagarían con gusto. Nuevamente subí a mi recámara, prendí la televisión, puse mi telenovela favorita, me acosté, y al instante me dormí.

La mujer de rabia

Hacienda de Sandía El Grande, al pie de las sierras altas del Sur de Nuevo León. Primera década del siglo XX.

Dicen que pasó hace mucho tiempo: una mujer contagiada del mal a la que el correr le era propio. Perseguida por hombres de a caballo, y lacerada en sus corvas por los perros de la hacienda; el grito se le escapaba del pecho, y su carne se quedaba a tirones en las ramas y cactus del desierto.

También dijeron de esa mujer: llevaba la lengua de fuera, y la esperanza se le escurría por la triste mirada, brillante; como si supiera que eran los últimos instantes en que sus ojos, un par de brasas ardientes —incluso bajo ese sol de mayo—, arderían para este mundo.

Aquel gemido seguido por aquel jadeo, o al revés —eso nunca se sabrá—, se confundía con los ladridos de los perros y los gritos de los hombres. Por fin, alcanzada por su sino, cayó de rodillas, en medio de un corral de cabras. Mi abuelo muy dado a la compasión, ordenó su muerte; el fin, iba a ser el mismo, según dijeron que dijo.

Los hombres cavaron una fosa muy profunda. Las mujeres, rosario en mano, se fueron a las aguajes y esteros de la hacienda, a cortar los *mayos*. Nunca son suficientes las flores para una tumba, ni las oraciones para una pobre alma, según dijeron.

Esa noche, empezó el novenario para la desconocida de rabia. Al otro día, al rayar el alba, mi abuelo, el *tenedor de libros* de la hacienda, mandó gente a las rancherías cercanas a preguntar por la parentela de esa mujer. Nunca se supo ni siquiera su procedencia; tal vez vino de muy lejos. Lo que sí fue cierto es que tenía hijos —por la forma de los senos—.

También por varios años, en los aguajes de la hacienda, los *mayos* florecían esplendorosamente en la primavera; pero terminaban pronto de manera misteriosa abrasados por el sol, como si una sed contagiada los matara por dentro.

No hay camino seguro

El mingitorio del bar *El Delirio Azul* es enorme, está hecho de cemento a la usanza de antes. Visto de lejos, en la penumbra parece una alberca diminuta.

Una noche, alguien puso unos barquitos de papel dentro del mingitorio. Intenté hundirlos con la *chorra*, sólo lo conseguía por unos instantes, inexplicablemente volvían a la superficie. Todavía peor, la pequeña flota, ya maltrecha, desafiando las leyes de la hidráulica navegaba contra corriente, entre enormes olas de espuma, esquivando peligrosos arrecifes de vomitada; era como si manos expertas la guiaran en la terrible borrasca. Iban rumbo al rincón más oscuro lejos del sumidero, donde, sentada sobre un pequeñísimo promontorio de cemento, una sirenita de ojos verdes, pechos al aire, labios de carmín pintados a fuego, tocaba el laúd, mientras su voz hermosa llena de promesas íntimas, le cantaba a los diminutos marineros.

Un profesor incorruptible

Ella entró a mi oficina, tenía un poco más de veinte años, los ojos grandes y verdes, aunque algunas veces agarraban una tonalidad azul, yo la amaba; era difícil conocerla y no enamorarse de ella.

Era bella hasta el extremo, y hacía uso de su belleza. Llevaba un vestido de algodón rojo cortísimo, además de un rompevientos blanco amarrado a su cintura, tapándole sus grandes y paradas nalgas. Tan pronto entró a la oficina, se desató el rompevientos, lo dejó sobre una de las sillas junto con su bolsa de mano, y una cámara Nikon de las caras. Abajo del vestidito, un precioso calzón blanco, tipo bikini, se le traslucía en todo su esplendor.

Llegaba a mi clase, ya sea con un pantalón arrequintado, a punto de que su humanidad se desbordara, enseñando el ombligo y su escote generoso, o llevaba una minifalda o, como esta vez, un vestido corto. Agarró un gis y se puso a escribir cualquier cosa en el pizarrón, lo más arriba que pudo. Entonces contemplé sus pantorri-llas, sus blanquísimos muslos y aquellas enormes nalgas, a mis anchas, sin inhibiciones. Era un monumento am-

bulante al culo, un culo capaz de dividir la historia en dos, la gente se referiría a las épocas venideras, como antes de ese culo (ac) o después de él (dc).

—¿Cómo me fue *profe*? —me preguntó mientras volteaba la cabeza y sonreía coqueta. Tenía húmedo su corto cabello rubio, estaba recién bañada.

—Mal, mal, no estudiaste, estás reprobada —le dije, mientras movía de un lado a otro la cabeza sin dejar de mirarla, ni siquiera por un instante. Le di rienda suelta a una gran erección, en el salón de clase no sé como lograba contenerme, pero allí en la intimidad de mi oficina, no tenía porque; otra vez esa horrible y vieja historia ya tantas veces contada, la de la bestia innominada de un sólo ojo tratando de escaparse de su mazmorra de algodón.

—¡No puede ser profesor! —replicó ella, abriendo sus grandes ojos.

—¡Cómo no!, si nunca pasaste un solo examen, y el final también lo reprobaste —le dije sin dejar de mirarla. Ella se dio vuelta, aún con el gis en la mano, seguía sonriendo, su linda cara era insufrible, se fue hasta la silla donde dejara sus cosas, tomó su bolso, sacó un gran fajo de billetes de a cien dólares, y me dijo:

—Yo tengo que pasar Cálculo a como de lugar, profesor; no sé cómo, pero tengo que pasar— enseguida, extendió su mano llena de billetes y me los ofreció.

—No, no, por favor, guarda eso, si quieres pasar ponte a estudiar para el examen a título, con tantito que sepas, pasas, pero así, no.— Le quité la vista por un instante, me quedé mirando a su cámara Nikon, ella tomó la cámara y me la ofreció con un gesto.

—Ya te advertí, así no vas a pasar —le volví a decir. Sonrió de nueva cuenta con esa sonrisa devastadora

y dijo:

—¡Ah, ya sé!—, enseguida cerró la puerta de la oficina, regresó hacia mí, se plantó a escasos dos metros, se levantó lo poco que le quedaba de vestido, se bajo el bikini hasta las rodillas, pude ver su hermoso sexo castaño, mientras sus efluvios cargados de feromonas llegaban hasta mi nariz.

Con la voz entrecortada, inundada del más legítimo deseo le dije:

—Ni te los quites, que al cabo ni me quedan.

Un gran tambo de mierda

Todo hombre al nacer, debe cumplir con su destino, no importa cuán insignificante sea, pues a final de cuentas, todos somos iguales a los ojos del creador. Esto también sucede de otra manera, es decir, cada hombre durante el transcurso de su vida debe llenar un tambo de mierda. Hay tambos con la misma capacidad, pero nunca iguales, difieren en radio y en altura. Cada tambo distingue a un hombre y a solo uno. A los hombres nacidos muertos les corresponde un tonel de área A y altura cero.

Esta es la historia de un gran hombre, cuyo tambo fue de capacidad enorme. Cuando se dio cuenta de la existencia de él, fue a conocerlo, y al verlo casi vacío, se puso a comer y a cagar en serio; y como veía que no avanzaba gran cosa, en aquello del llenado, se puso a vivir plenamente, y mientras vivió así, cagó a sus anchas, se olvidó del tambo por años y décadas. Fue un hombre de éxito, pero al final de su vida se acordó de su tambo y pudo comprobar con horror, que ya casi estaba lleno, sus días estaban contados, le vino un estreñimiento severo.

De ahí para adelante, comenzó a comer cada vez menos, pero no obstante, el llenado inexorable de aquel

tambo inmenso avanzaba. Pensó mil maneras para detener aquella sentencia y usó todas las artimañas e influencias a su alcance pero todo fue inútil.

Llegó el momento cuando solo le faltaba un infinitésimo del volumen por llenar y él, con la barriga repleta de mierda, mordiéndose los labios, se negaba a cumplir con su destino. Empezó a delirar y en sueños se vió en cucullas, justo en el borde de su tambo, cuidando que sus talones no se mancharan, sin pensarlo, empezó a cagar y a cagar y a cagar, no solo lo llenó sino que hasta lo desbordó. Mientras cagaba se sintió poseído de una gran paz espiritual, todo empezó con una pequeña luz blanca y él, caminó hacia ella, más adelante estaba el gran tunel de luz y al final el gran tambo inconmensurable de mierda.

En vida fue una gran caca y como suele suceder, le correspondió un gran funeral.

Tres en uno

*En el poker del amor
Perrito mata princesa*

Mi mujer es más bien fea, regordeta, chaparra y tiene unos bigotes como de bagre, pero eso no me importa, es más, así la escogí de puro adrede. Tenía la esperanza de que tuviera perrito; al menos esa era la creencia generalizada en el tiempo cuando nos casamos, acerca de las bigotonas. Por poquito y me equivoco, pues en lugar de tener perrito, tiene perrita.

Las mujeres con perrito son muy escasas, hasta ahora nunca he oído de una con perrita. Casi me atrevería a decir de mi mujer y su perrita, que son únicas.

Ellas están muy bien sincronizadas en eso del orgasmo. Cuando esto sucede, me engarruño y pego el oído fuertemente a su pecho. Para oír esos ladriditos de felicidad muy adentro de su ser.

Para acabar con las faltas de ortografía de una bes por todas

Existio un hombre de cuya escrituta jamas ce le cono-
sio una sola falta de ortografía, pues siempre tuvo la
precaucion de escribir solo la mitad de hoja la tersera
cuarta parte la dejava en vlanco, y en la ultima cuarta
parte ponía todos los signos de teclado repetidos varias
veces, hasta llenar la hoja y como pie de nota, acostum-
brava a poner en todas las ojas que escribia: *por fabor
si algun sinvolo o letra esta de sobra pongalo en la parte
en vlanco. en caso de faltar algun asiento, letra o simbolo
tomelo de los de amero avajo.*

